Fernando Romero Pintado

PREÁMBULO

Un discurso fúnebre conlleva la representatividad que otorga al orador una institución y él mismo.

La Academia Peruana de la Lengua estuvo presente en el sepelio del Comandante Fernando Romero Pintado, el sábado 7 de diciembre de 1996, a través del discurso y homenaje de su Director, el doctor Luis Cisneros Vizquerra. Sus palabras son hermosa muestra de pensamiento elevado, reconocimiento intelectual, pulcritud literaria y para los marinos mensaje conmovedor.

J.M.A.

Discurso del Dr. Luis Jaime Cisneros Vizcarra en las exequias del Comandante Fernando Romero Pintado

Los marinos saben siempre cultivar la perspectiva. Frecuentan la claridad del mar y no le temen a la noche. Cultivan desde jóvenes la terca imagen del horizonte. A diferencia de nosotros, confían en las estrellas. Brújula, cuadrante, mapas y compás son para ellos instrumentos decisivos de orientación. Por eso saben adónde van y de dónde proceden.

Navegan, se hacen a la mar. Siempre llegan a puerto. La Academia Peruana de la Lengua confirma ahora la hermosa y larga travesía que ha venido usurpando la vida de Fernando Romero, viejo lobo de mar que dejó huella profunda en las playas de la cultura peruana de este siglo en el campo del relato, en el de la historia de su institución y en el del ensayo sociológico. En la *Instrucción naútica para navegar* que Diego de Palacio publica en 1587 se explica cuánto bien hace a los hombres navegar: en cada puerto intercambian objetos y palabras, conocen nuevas gentes, ritos desconocidos, gestos audaces de significación diversa. Palabras y cosas resultan así ilustrativas no sólo de los viajes emprendidos sino de la vasta información acumulada. Y con esa información y esos objetos y tales cono-

cimientos a cuestas, el marino tiene para rumiar largo rato. Y si es hombre de ciencia, precupado por la cultura, atento a las necesidades del hombre, miel sobre hojuelas. Y si es hombre penetrado del sabor de la tierra y acicateado por la pulcritud y la honradez, ya estamos reconociendo mucho de la biografía de Fernando Romero, marino, historiador, literato, experto en asuntos de mar, inquieto buceador de nuestra historia naval, escrutador infatigable de la cultura afronegroide en el Perú. Esta mañana de rápido recuento es, por un lado, triste y melancólica, pero es también una mañana de gratitud.

El dolor de la Academia, en la que Fernando Romero nos acompañó estos últimos veinte años, no es, por eso, una pena circunstancial sino que representa una radical congoja. Fernando Romero no es un accidente de la vida intelectual peruana sino un importante modelo de intelectual. Frecuentó el acierto de la prosa en sus novelas de tema selvático, con las que inauguró una sana preocupación temática y modificó la imagen fantasística que la selva tenía en los relatos de Horacio Quiroga reemplazándolos -como advirtió Augusto Tamayo Vargas- por un realismo al que lo tenía acostumbrado su apasionada profesión de marino. El paisaje tenía, por cierto, que constituir alimento fecundo para su narrativa y fue así como a los textos selváticos siguieron los cuentos costeños de *Mar y Playa,* con que la prosa de Fernando Romero iba asentando su perfil. No podíamos extrañarnos, por tanto, que al publicar su colección de relatos *Rosarito se despide,* la crítica reconociera la colección como un síntoma de la pluralidad regional. Preocupación intensa de hombre de ideas, no fueron ajenos a su inquietud nacionalista el tema de la educación nacional ni el de la población y la cultura negra, a los que dedicó sus desvelos mejores. Los trabajos de Romero sobre la cultura afronegra constituyeron en los últimos tiempos su contribución sustancial; nos acostumbró a identificar ritos, bailes y palabras. Lo reconocimos como piloto experto en esos mares; con él a bordo sabíamos que el navío sustentaba vela y nosotros nos reconocíamos apenas grumetes ajenos a los secretos de la travesía. En su bitácora está asentado que todo cuanto avancemos se ha de apoyar en su enseñanza, en su ejemplo, en su sólido saber concreto. Estas palabras dicen la gratitud de la Academia por su permanente lección de decoro intelectual.